NUEVA NARRATIVA NORTEAMERICANA
EN LA CORNISA

Los hacedores del realismo sucio, o minimalismo, no pasan de los veinticinco años. Escriben cuentos convencidos de que, en la época de la televisión, el grado de atención es cada vez menor, y en ellos reflejan el final de la fiesta del siglo con una mirada lánguida pero cargada de cinismo. Bret Easton Ellis, Tama Janowitz, David Leavitt —algunos de cuyos textos se reproducen en este suplemento— son quizá los exponentes más importantes de esta nueva generación dispuesta a volver a contar historias, aunque tengan que hacerlo en el borde de la cornisa.

Mi generación siempre recha
años tocaba la guitarra
habían

Por Bret Easton Ellis



MENOS QUE CERO

Hace mucho que no ha llovido en la ciudad y Blair me llama y dice que podríamos ir juntos al club de la playa. Estoy demasiado cansado o pasado para levantarme y salir y sentarme al sol bajo las sombrillas del club de la playa con Blair. Así que decidimos ir a Pájaro Dunes, en Monterrey, donde hacía más fresco y el mar resplandecía y estaba verde y mis padres tenían una casa en la playa. Fuimos en mi coche y nos instalamos en el dormitorio principal, y luego fuimos al pueblo y compramos comida y pitillos y velas. En el pueblo no había demasiado que hacer; había una vieja sala de cine que necesitaba una mano de pintura y gaviotas y muelles en ruinas y pescadores mexicanos que le silbaron a Blair y una vieja iglesia de la que Blair sacó fotos pero en la que no entró. Encontramos una caja de botellas de champagne en el garaje y nos las bebimos todas antes de que terminara la semana. Solíamos abrir una botella a última hora de la mañana después de dar un paseo por la playa. A primera hora de la tarde hacíamos el amor, por lo general en el cuarto de estar, y si no lo hacíamos en el suelo del dormitorio principal, y luego bajábamos las persianas y encendíamos las velas que habíamos comprado en el pueblo y observábamos cómo se movían nuestras sombras en las blancas paredes.

La casa era vieja y estaba estropeada y tenía un patio y una pista de tenis, pero no jugábamos al tenis. En lugar de eso, andábamos por la casa de noche y oíamos discos antiguos que entonces me solían gustar y nos sentábamos en el patio y bebíamos lo que quedaba de champagne. No me gustaba demasiado la casa y a veces de noche tenía que salir afuera porque no podía soportar el blanco de las paredes y el negro de los azulejos de la cocina. Paseaba por la playa de noche y a veces me sentaba en la arena húmeda y fumaba un pitillo y miraba la casa con las luces encendidas y veía que en el cuarto de estar Blair hablaba por teléfono con alguien que estaba en Palm Springs. Cuando entraba los dos estábamos borrachos y Blair en ocasiones sugería que fuéramos a bañarnos, pero hacía frío y estaba oscuro, así que nos sentábamos en el pequeño jacuzzi que había en medio del patio y hacíamos el amor.

Durante el día me siento en el cuarto de estar y trato de leer el *San Francisco Chronicle* y ella pasea por la playa y coge conchas. Nos acostamos poco antes de amanecer y despertamos a media tarde y entonces abrimos otra botella. Un día cogimos el descapotable y fuimos a una zona apartada de la playa. Tomamos caviar y una mezcla que había preparado Blair con cebolla y huevo y queso, y compramos aquellas galletas de canela que tanto le gustaban a Blair, y seis latas de Tab, pues eso y champagne era lo único que podía beber Blair, y corrimos por la orilla desierta o tratamos de nadar entre las fuertes olas.

Pero en seguida me sentí desorientado y comprendí que había bebido demasiado, y cada vez que Blair decía algo, me sorprendía cerrando los ojos y suspirando. El agua se enfrió y la arena se puso húmeda, y Blair se sentó en el porche que daba al mar y trataba de distinguir los barcos entre la niebla de la tarde. Luego, a través del cristal de la ventana del cuarto de estar, vi que estaba haciendo solitarios, y seguí oyendo los barcos, y Blair se sirvió otra copa de champagne y todo aquello me inquietaba.

Pronto se nos terminó el champagne y abrí el armarito de las bebidas. Blair se puso muy morena y yo también, y hacia el final de la semana lo único que hacíamos era ver la televisión, aunque la recepción no era demasiado buena, y beber bourbon, y Blair hacía dibujos circulares con las conchas en el suelo del cuarto de estar. Cuando Blair, una noche en que estábamos en los extremos opuestos del cuarto de estar, murmuró: "Deberíamos de haber ido a Palm Springs", comprendí que era hora de irnos.

Por David Leavitt

LA GENERACION DE LA NADA

Yo creo que hemos hecho que nuestra mente asimile la imagen comerciali zada del hongo nuclear y del mund en llamas para poder justificar u punto ciego dentro de nosotros, una incapa cidad de pensar más allá del momento o d imaginar un futuro cualquiera, y que eso no hace inmunes al terror que sienten las perso nas menos jóvenes. Este punto ciego tien que ver más con nuestra actitud hacia la fa milia nuclear que con el desastre nuclear con el hecho de que nuestros padres, ahora qu ya alcanzaron los años dorados tan anhelados se hallan atrapados en matrimonios infel ces o divorciados, están demasiado amarga das para tomar en consideración la idea d volver a amar o han perdido la esperanza d encontrar a un nuevo compañero con quie compartir esos últimos años felices que s habían prometido y por los que habían traba jado tan duramente, y que los traicionaba tan injustamente.

¿Y nosotros? Pues bien, nosotros no co meteremos los mismos errores. Si no otra co sa, solos nos hallamos a cubierto del dolor de la dependencia, de las enfermedades qu se transmiten por vía sexual. Aquellos qu sólo se pertenecen a sí mismos nunca puede ser abandonados.

Hay ventajas en haber crecido, como no sucede a nosotros, entre dos épocas tan aza rosas. Las ventajas de tomar concienci mientras una época está a punto de agotars y otra está surgiendo como un Ave Fénix d las cenizas de su disolución o desilusión. S los años sesenta fueron una época de inge nua esperanza, entonces los años ochent son una época de irónica desesperación, s perfecto complemento, su escéptica proge nie. Nosotros somos los hijos de ese escepti cismo. Lo hacemos todo de modo mecánic y carente de sinceridad. Pero si entonces in tentamos seguir los pasos de nuestros herma nos y hermanas porque creíamos en lo qu ellos hacían, hoy seguimos sus pasos por u motivo casi opuesto: para demostrar que no sotros podemos traicionar exactamente co mo ellos y que también somos conscientes d ello.

Recuerdo que cuando era niño oía a m madre hablar de moda: "Cuando has vist que el tacón alto ya no está de moda y qu luego se vuelve a poner de moda tres vece más te das cuenta de lo poco que importa estas cosas", decía. No creo que entonces y supiera qué era un tacón alto, pero compren día perfectamente lo poco que importa ciertas cosas. Muy pronto tuve la ocasión d tener esta visión irónica y distanciada de la cosas que luego permaneció en mí. Leed e tas palabras de Brett Duval Fromson en u

Por Bret Easton Ellis



MENOS QUE CERO

Hace mucho que no ha llovido en la ciudad y Blair me llama y dice que podríamos ir juntos al club de la playa. Estoy demasiado cansado o pasado para levantarme y salir y sentarme al sol bajo las sombrillas del club de la playa con Blair. Así que decidimos ir a Pájaro Dunes, en Monterrey, donde hacía más fresco y el mar resplandecía y estaba verde y mis padres tenían una casa en la playa. Fuimos en mi coche y nos instalamos en el dormitorio principal, y luego fuimos al pueblo y compramos comida y pitillos y velas. En el pueblo no había demasiado que hacer; había una vieja sala de cine que necesitaba una mano de pintura y gaviotas y muelles en ruinas y pescadores mexicanos que le silbaron a Blair y una vieja iglesia de la que Blair sacó fotos pero en la que no entró. Encontramos una caja de botellas de champagne en el garaje y nos las bebimos todas antes de que terminara la semana. Solíamos abrir una botella a última hora de la mañana después de dar un paseo por la playa. A primera hora de la tarde hacíamos el amor, por lo general en el cuarto de estar, y si no lo hacíamos en el suelo del dormitorio principal, y luego bajábamos las persianas y encendíamos las velas que habíamos comprado en el pueblo y observábamos cómo se movían nuestras sombras en las blancas paredes.

La casa era vieja y estaba estropeada y tenía un patio y una pista de tenis, pero no jugábamos al tenis. En lugar de eso, andábamos por la casa de noche y oíamos discos antiguos que entonces me solían gustar y nos sentábamos en el patio y bebíamos lo que quedaba de champagne. No me gustaba demasiado la casa y a veces de noche tenía que salir afuera porque no podía soportar el blanco de las paredes y el negro de los azulejos de la cocina. Paseaba por la playa de noche y a veces me sentaba en la arena húmeda y fumaba un pitillo y miraba la casa con las luces encendidas y veía que en el cuarto de estar Blair hablaba por teléfono con alguien que estaba en Palm Springs. Cuando entraba los dos estábamos borrachos y Blair en ocasiones sugería que fuéramos a bañarnos, pero hacía frío y estaba oscuro, así que nos sentábamos en el pequeño jacuzzi que había en medio del patio y hacíamos el amor.

Durante el día me siento en el cuarto de estar y trato de leer el *San Francisco Chronicle* y ella pasea por la playa y coge conchas. Nos acostamos poco antes de amanecer y despertamos a media tarde y entonces abrimos otra botella. Un día cogimos el descapotable y fuimos a una zona apartada de la playa. Tomamos caviar y una mezcla que había preparado Blair con cebolla y huevo y queso, y compramos aquellas galletas de canela que tanto le gustaban a Blair, y seis latas de Tab, pues eso y champagne era lo único que podía beber Blair, y corrimos por la orilla desierta o tratamos de nadar entre las fuertes olas.

Pero en seguida me sentí desorientado y comprendí que había bebido demasiado, y cada vez que Blair decía algo, me sorprendía cerrando los ojos y suspirando. El agua se enfrió y la arena se puso húmeda, y Blair se sentó en el porche que daba al mar y trataba de distinguir los barcos entre la niebla de la tarde. Luego, a través del cristal de la ventana del cuarto de estar, vi que estaba haciendo solitarios, y seguí oyendo los barcos, y Blair se sirvió otra copa de champagne y todo aquello me inquietaba.

Pronto se nos terminó el champagne y abrí el armarito de las bebidas. Blair se puso muy morena y yo también, y hacia el final de la semana lo único que hacíamos era ver la televisión, aunque la recepción no era demasiado buena, y beber bourbon, y Blair hacia dibujos circulares con las conchas en el suelo del cuarto de estar. Cuando Blair, una noche en que estábamos en los extremos opuestos del cuarto de estar, murmuró: "Deberíamos de haber ido a Palm Springs", comprendí que era hora de irnos.

Por David Leavitt

LA GENERACION DE LA NADA

Yo creo que hemos hecho que nuestra mente asimile la imagen comercializada del hongo nuclear y del mundo en llamas para poder justificar un punto ciego dentro de nosotros, una incapacidad de pensar más allá del momento o de imaginar un futuro cualquiera, y que eso nos hace inmunes al terror que sienten las personas menos jóvenes. Este punto ciego tiene que ver más con nuestra actitud hacia la familia nuclear que con el desastre nuclear, con el hecho de que nuestros padres, ahora que ya alcanzaron los años dorados tan anhelados, se hallan atrapados en matrimonios infelices o divorciados, están demasiado amargadas para tomar en consideración la idea de volver a amar o han perdido la esperanza de encontrar a un nuevo compañero con quien compartir esos últimos años felices que se habían prometido y por los que habían trabajado tan duramente, y que los traicionaban tan injustamente.

¿Y nosotros? Pues bien, nosotros no cometeremos los mismos errores. Si no otra cosa, solos nos hallamos a cubierto del dolor, de la dependencia, de las enfermedades que se transmiten por vía sexual. Aquellos que sólo se pertenecen a sí mismos nunca pueden ser abandonados.

Hay ventajas en haber crecido, como nos sucede a nosotros, entre dos épocas tan azarosas. Las ventajas de tomar conciencia mientras una época está a punto de agotarse y otra está surgiendo como un Ave Fénix de las cenizas de su disolución o desilusión. Si los años sesenta fueron una época de ingenua esperanza, entonces los años ochenta son una época de irónica desesperación, su perfecto complemento, su escéptica progenie. Nosotros somos los hijos de ese escepticismo. Lo hacemos todo de modo mecánico y carente de sinceridad. Pero si entonces intentamos seguir los pasos de nuestros hermanos y hermanas porque creíamos en lo que ellos hacían, hoy seguimos sus pasos por un motivo casi opuesto: para demostrar que nosotros podemos traicionar exactamente como ellos y que también somos conscientes de ello.

Recuerdo que cuando era niño oía a mi madre hablar de moda: "Cuando has visto que el tacón alto ya no está de moda y que luego se vuelve a poner de moda tres veces más te das cuenta de lo poco que importan estas cosas", decía. No creo que entonces yo supiera qué era un tacón alto, pero comprendía perfectamente lo poco que importan ciertas cosas. Muy pronto tuve la ocasión de tener esta visión irónica y distanciada de las cosas que luego permaneció en mí. Leed estas palabras de Brett Duval Fromson en un editorial del *New York Times:* "Yuppies, si acaso hiciéramos algo, respetemos a quienes entregan las mercancías. Si no, ¿cómo podríamos permitirnos los zapatos de Ferragamo, los modelos de Brook Brothers, los coches europeos y los vinos de California?". La ironía está perfectamente equilibrada, entre autoirrisión y compungida seriedad, entre crítica y cómoda autoaprobación.

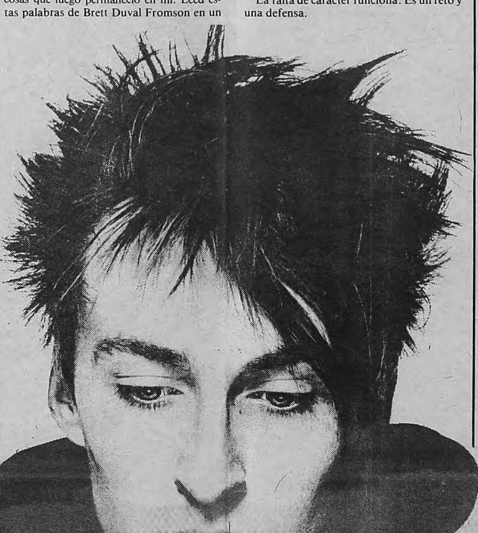
"Si acaso hiciéramos algo", escribe Fromson, dejando abierta la posibilidad de que no hagamos nada. Sí, él admite que nosotros "no nos hemos preocupado mucho por aquellos que no se han abierto paso". Y ahora estoy pensando en un título que leí hace poco en *The Village Voice* como cabecera de una serie de artículos que analizaban la victoria de Reagan el pasado noviembre. Decía: "No te fíes de nadie de menos de 30 años".

La mía es una generación dispuesta a reconocer sus despreciables cualidades. Pero el desprecio hacia nosotros mismos es también un autocumplido. El zumbido se funde, cada minuto de nuestra vida es esa voz irónica y distanciada que nos dice: por lo menos tú no engañas, por lo menos tú no finges, como ellos. Está bien ser egoísta ya que lo tienes siempre bien presente. Ve adelante. "Ejerce tu derecho a ejercer." Otros están muriendo por defender el derecho a hablar, a votar, por el derecho de vivir, pero por lo menos tú no tienes la pretensión de no llevar ropa encima.

¿Qué hay tras esa amargura y este escepticismo? Creo que hay una necesidad de estabilidad, de seguridad. Nuestros padres creían poder satisfacer esta necesidad casándose y criando niños; nuestros hermanos y hermanas mayores, mediante la vida comunitaria y la revolución. Nosotros hemos visto adónde llevan estas alternativas. Nosotros tenemos confianza en nosotros mismos y en el dinero.

Hace 15 años no habrías creído que te fiarías de nadie de más de 30 años. Parece que los de mi generación aspiran a llegar pronto a los 30 años y a quedarse en ellos. Al partir estamos ansiosos, sobre todo, por acabar. Si de verdad somos una generación sin carácter, como a menudo se afirma, es porque hemos visto lo que les sucedió a las generaciones que lo tenían. Si no tenemos pasiones ni afectos es porque hemos decidido que pasiones y afectos no valen la pena. Si estamos agazapados en la sombra de una historia en la que nos negamos a participar es porque ahí precisamente es donde hemos elegido estar.

La falta de carácter funciona. Es un reto y una defensa.



Por Tama Janowitz

CASO CLINICO NUMERO 15: MELINDA

Melinda era menuda y rubia. Tenía ojos luminosos y pálidos de mono o de animal nocturno. Por la noche trabajaba en un bar; había venido a Nueva York para ser bailarina en una compañía experimental pero se había roto una pierna en un accidente de tráfico y ahora esperaba dedicarse a la coreografía o la escenografía teatral.

Con el dinero que le pagó la compañía de seguros compró un pequeño apartamento con patio trasero cerca de Tompkins Square Park. Cuando le sobraba algo de dinero iba a una asociación de las que recogen animales sin dueño y compraba aquellos a los que sólo les quedaba un día de vida, y se los llevaba a casa y trataba de encontrarles un nuevo hogar. Casi siempre terminaba sintiendo un gran afecto por los animales y no conseguía desprenderse de ellos. Los animales eran el sustituto, pensaba ella, de un hombre y una relación auténtica, pues no encontraba hombres que se interesasen por ella. Sin embargo, los animales la querían y aceptaban de un modo como ningún hombre lo hubiese hecho.

Vivía con ocho gatos y cinco perros: un schnauzer viejo y sin dientes que le recordaba a su abuelo; una mezcla de pastor alemán y collie supuestamente adiestrado para el ataque pero que tenía miedo de todo, incluidos los gatos; un par de schipperkes a los que gustaba aullar al unísono cuando sonaba el estéreo; y un teckel paralizado de medio cuerpo para atrás porque dos ruedas le habían pasado por encima. Los animales ocupaban todo su tiempo y estaban malcriados, pero a ella no le molestaba; de hecho, a Melinda más bien le gustaba hacer de madre.

Una vez, avanzada la noche, vio a una cría de rata cruzando la calle lentamente. Le faltaba una pata y Melinda la metió en una bolsa de papel y se la llevó a casa, donde la puso en un acuario. Poco después de que llevara la rata a casa, sus perros y gatos se llenaron de pulgas, pero Melinda quería a la ratita y a veces también recogía palomos heridos y otros animales delicados y enfermos. En el patio tenía un montón de cajas llenas de conejos y hurones comprados en una tienda de animales en liquidación de Houston Street.

El bar donde trabajaba era de esos con una clientela fija de artistas que ven los partidos en la televisión y juegan al billar, y la mayoría de ellos había intentado salir con Melinda en uno u otro momento. Melinda los invitaba con cierta frecuencia a su casa a tomar un café, pero cuando veían el apartamento lleno de animales (perros que ladraban, muy ocupados en defender a Melinda, o que pretendían morder al invitado, y gatos que maullaban, y una rata en la jaula) nunca volvían a visitarla.

A la mayor parte de los hombres que conocía no les importaba el desorden de su propia casa, pero consideraban que con una mujer la historia era diferente. A Melinda le daba igual; en cierto sentido consideraba el caos y el terrible olor de su apartamento como un test. Cuando apareciera el hombre adecuado, sería capaz de imponerse a la situación del mismo modo que el príncipe de un cuento de hadas tiene que liquidar al dragón o encontrar la poción mágica para conquistar a la princesa.

Una noche entró en el bar un chico guapo con pinta exótica. Llevaba el pelo teñido de negro y le faltaba un diente delantero. Parecía un ángel enloquecido. Ninguno de los habituales lo había visto antes.

Después de tomar cuatro cervezas Melinda le sugirió que pagase, pues el bar estaba a punto de cerrar. El chico se enfadó y se puso a chillar. Dijo que sólo tenía deciocho años (aunque parecía más joven) y que estaba sin blanca y en la calle. Se llamaba Chicho y esperaba encontrar empleo de cuidador de animales en el zoo o como observador de delfines en Florida.

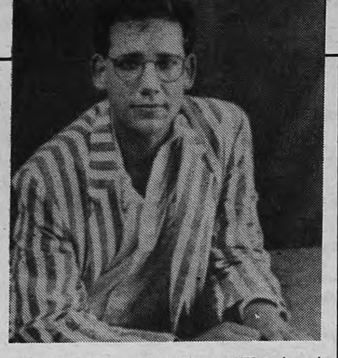
A Melinda le dio pena. Dijo que podía ir a su casa y quedarse temporalmente siempre que la ayudase en la limpieza y cuidado de los animales. Chicho dijo que muy bien.

A los pocos días Melinda se dio cuenta de que se había enamorado de Chicho. Era tan ingenuo, tan amable e inocente, que le recordaba a un cachorrillo herido. Tras su fachada de dureza callejera, era un auténtico niño que adoraba a Melinda y pensaba que todas sus cosas eran maravillosas.

Sabía tratar a los perros y los sacaba por turnos para que hiciesen ejercicio y Melinda tuviera más tiempo para trabajar en sus ideas sobre danza. Incluso limpiaba el patio, siempre lleno de excrementos de perro y de barro.

—Es cierto que yo soy una persona educa-





editorial del *New York Times:* "Yuppies, si acaso hiciéramos algo, respetemos a quienes entregan las mercancías. Si no, ¿cómo podríamos permitirnos los zapatos de Ferragamo, los modelos de Brook Brothers, los coches europeos y los vinos de California?". La ironía está perfectamente equilibrada, entre autoirrisión y compungida seriedad, entre crítica y cómoda autoaprobación.

"Si acaso hiciéramos algo", escribe Fromson, dejando abierta la posibilidad de que no hagamos nada. Sí, él admite que nosotros "no nos hemos preocupado mucho por aquellos que no se han abierto paso". Y ahora estoy pensando en un título que leí hace poco en *The Village Voice* como cabecera de una serie de artículos que analizaban la victoria de Reagan el pasado noviembre. Decía: "No te fíes de nadie de menos de 30 años".

La mía es una generación dispuesta a reconocer sus despreciables cualidades. Pero el desprecio hacia nosotros mismos es también un autocumplido. El zumbido se funde, cada minuto de nuestra vida es esa voz irónica y distanciada que nos dice: por lo menos tú no engañas, por lo menos tú no finges, como ellos. Está bien ser egoísta ya que lo tienes siempre bien presente. Ve adelante. "Ejerce tu derecho a ejercer." Otros están muriendo por defender el derecho a hablar, a votar, por el derecho de vivir, pero por lo menos tú no tienes la pretensión de no llevar ropa encima.

¿Qué hay tras esa amargura y este escepticismo? Creo que hay una necesidad de estabilidad, de seguridad. Nuestros padres creían poder satisfacer esta necesidad casándose y criando niños; nuestros hermanos y hermanas mayores, mediante la vida comunitaria y la revolución. Nosotros hemos visto adónde llevan estas alternativas. Nosotros tenemos confianza en nosotros mismos y en el dinero.

Hace 15 años no habrías creído que te fiarías de nadie de más de 30 años. Parece que los de mi generación aspiran a llegar pronto a los 30 años y a quedarse en ellos. Al partir estamos ansiosos, sobre todo, por acabar. Si de verdad somos una generación sin carácter, como a menudo se afirma, es porque hemos visto lo que les sucedió a las generaciones que lo tenían. Si no tenemos pasiones ni afectos es porque hemos decidido que pasiones y afectos no valen la pena. Si estamos agazapados en la sombra de una historia en la que nos negamos a participar es porque ahí precisamente es donde hemos elegido estar.

La falta de carácter funciona. Es un reto y una defensa.



Por Tama Janowitz

CASO CLINICO NUMERO 15: MELINDA

Melinda era menuda y rubia. Tenía ojos luminosos y pálidos de mono o de animal nocturno. Por la noche trabajaba en un bar; había venido a Nueva York para ser bailarina en una compañía experimental pero se había roto una pierna en un accidente de tráfico y ahora esperaba dedicarse a la coreografía o la escenografía teatral.

Con el dinero que le pagó la compañía de seguros compró un pequeño apartamento con patio trasero cerca de Tompkins Square Park. Cuando le sobraba algo de dinero iba a una asociación de las que recogen animales sin dueño y compraba aquellos a los que sólo les quedaba un día de vida, y se los llevaba a casa y trataba de encontrarles un nuevo hogar. Casi siempre terminaba sintiendo un gran afecto por los animales y no conseguía desprenderse de ellos. Los animales eran el sustituto, pensaba ella, de un hombre y una relación auténtica, pues no encontraba hombres que se interesasen por ella. Sin embargo, los animales la querían y aceptaban de un modo como ningún hombre lo hubiese hecho.

Vivía con ocho gatos y cinco perros: un schnauzer viejo y sin dientes que le recordaba a su abuelo; una mezcla de pastor alemán y collie supuestamente adiestrado para el ataque pero que tenía miedo de todo, incluidos los gatos; un par de schipperkes a los que gustaba aullar al unísono cuando sonaba el estéreo; y un teckel paralizado de medio cuerpo para atrás porque dos ruedas le habían pasado por encima. Los animales ocupaban todo su tiempo y estaban malcriados, pero a ella no le molestaba; de hecho, a Melinda más bien le gustaba hacer de madre.

Una vez, avanzada la noche, vio a una cría de rata cruzando la calle lentamente. Le faltaba una pata y Melinda la metió en una bolsa de papel y se la llevó a casa, donde la puso en un acuario. Poco después de que llevara la rata a casa, sus perros y gatos se llenaron de pulgas, pero Melinda quería a la ratita y a veces también recogía palomos heridos y otros animales delicados y enfermos. En el patio tenía un montón de cajas llenas de conejos y hurones comprados en una tienda de animales en liquidación de Houston Street.

El bar donde trabajaba era de esos con una clientela fija de artistas que ven los partidos en la televisión y juegan al billar, y la mayoría de ellos había intentado salir con Melinda en uno u otro momento. Melinda los invitaba con cierta frecuencia a su casa a tomar un café, pero cuando veían el apartamento lleno de animales (perros que ladraban, muy ocupados en defender a Melinda, o que pretendían morder al invitado, y gatos que maullaban, y una rata en la jaula) nunca volvían a visitarla.

A la mayor parte de los hombres que conocía no les importaba el desorden de su propia casa, pero consideraban que con una mujer la historia era diferente. A Melinda le daba igual; en cierto sentido consideraba el caos y el terrible olor de su apartamento como un test. Cuando apareciera el hombre adecuado, sería capaz de imponerse a la situación del mismo modo que el príncipe de un cuento de hadas tiene que liquidar al dragón o encontrar la poción mágica para conquistar a la princesa.

Una noche entró en el bar un chico guapo con pinta exótica. Llevaba el pelo teñido de negro y le faltaba un diente delantero. Parecía un ángel enloquecido. Ninguno de los habituales lo había visto antes.

Después de tomar cuatro cervezas Melinda le sugirió que pagase, pues el bar estaba a punto de cerrar. El chico se enfadó y se puso a chillar. Dijo que sólo tenía dieciocho años (aunque parecía más joven) y que estaba sin blanca y en la calle. Se llamaba Chicho y esperaba encontrar empleo de cuidador de animales en el zoo o como observador de delfines en Florida.

A Melinda le dio pena. Dijo que podía ir a su casa y quedarse temporalmente siempre que la ayudase en la limpieza y cuidado de los animales. Chicho dijo que muy bien.

A los pocos días Melinda se dio cuenta de que se había enamorado de Chicho. Era tan ingenuo, tan amable e inocente, que le recordaba a un cachorrillo herido. Tras su fachada de dureza callejera, era un auténtico niño que adoraba a Melinda y pensaba que todas sus cosas eran maravillosas.

Sabía tratar a los perros y los sacaba por turnos para que hiciesen ejercicio y Melinda tuviera más tiempo para trabajar en sus ideas sobre danza. Incluso limpiaba el patio, siempre lleno de excrementos de perro y de barro.

—Es cierto que yo soy una persona educa-



da y tú no —le dijo Melinda—. Y también que eres diez años más joven que yo. Siempre he creído que estas cosas serían un problema en una relación. Pero ahora comprendo que la relación ideal se basa en la confianza y el cariño, y que lo demás no importa.

Un día descubrieron que la rata coja había desaparecido del acuario. Melinda acusó a Chicho de haberla dejado escapar o de haberse librado de ella —de todos los animales, la rata era el único al que no cuidaba—, pero él le aseguró que la rata debía de haberse escapado por su cuenta. Sin duda había trepado por la pared hasta llegar a la calle.

Ella no le creyó, pero no quiso iniciar una pelea. Tenía veintiocho años y Chicho era el primer hombre que había demostrado interés en quedarse con ella. Si bien era bueno con los perros, no trabajaba mucho; todavía no había encontrado empleo y Melinda tenía que darle dinero, y esperaba que ella le preparase la cena, tanto si debía ir a trabajar como si no. Pero cualquier animal descarriado, Melinda lo sabía, al principio exige mucho esfuerzo, pero mediante años de persuasión es posible educar incluso al más salvaje y malcriado.

Poco después Melinda contrajo una misteriosa enfermedad. Se puso mala de verdad y ningún médico sabía qué le pasaba. Por fin, tras incontables análisis, le diagnosticaron la enfermedad de Weil. Se trataba de una enfermedad rarísima de la que muchos médicos ni siquiera habían oído hablar. Se adquiría bebiendo líquidos en los que hubiera meado una rata. Era posible que la rata hubiese escapado una noche y meado en el vaso de agua que Melinda siempre tenía junto a la cama.

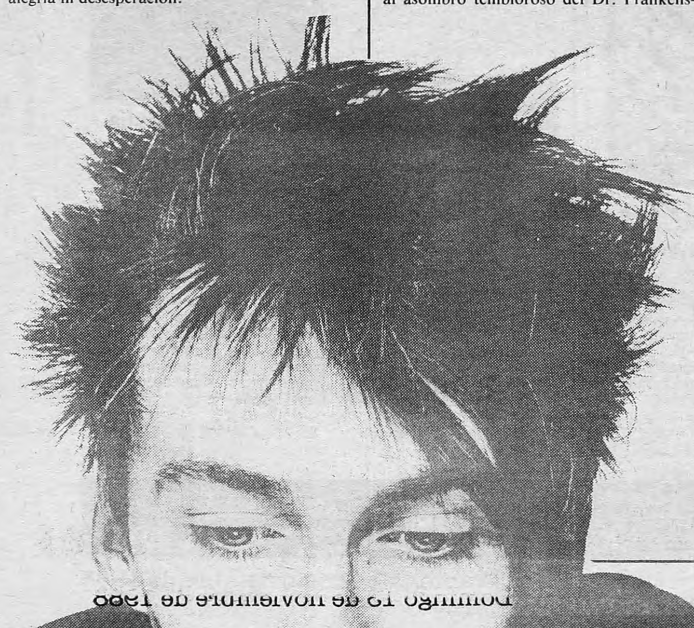
La llevaron al hospital y pasó allí muchas semanas, pero durante ese tiempo Chicho sólo fue a visitarla una vez. Ella lo perdonó: era como un animal salvaje que no entendía las normas de educación más elementales. Sabía que Chicho pensaría en ella todo el tiempo.

No se esperaba que pudiera recuperarse; cada vez se sentía más débil, y pensaba en lo triste que sería cuando después de su muerte ni sus animales ni Chicho tuviesen quien los cuidase.

Sin embargo, para sorpresa de todos, mejoró. Volvió a casa en taxi y cuando cruzó la puerta del apartamento se encontró a Chicho en la cama con su amiga más íntima. Todos los animales habían desaparecido —en apariencia Chicho los había soltado— y el apartamento estaba pintado y limpio.

—Tía —dijo Chicho sin siquiera molestarse en cubrirse con una sábana—, ¿qué haces aquí?

Tuvo que llamar a la policía para que echasen a Chicho; le costó mucho dinero cambiar las cerraduras, y le resultó difícil de aceptar el haber sido traicionada por una criatura de Dios, pero al poco tiempo reunió otros animales descarriados, olvidó a Chicho y volvió a sus viejas costumbres, sin alegría ni desesperación.



CUANDO LOS ANGELES VIENEN MARCHANDO

Por Jorge Lanata

Era un niño cuando la televisión anunció la muerte de Dios. Al otro día pudo enterarse del fracaso: había resultado un programa de bajo rating. Aquella noche se definía el campeonato de las Grandes Ligas, y la imagen apesadumbrada del Papa dando cuenta de la noticia había pasado casi desapercibida. A la semana, ya todo el mundo se había olvidado del asunto. En su casa de Los Angeles él crecía con la determinación de los vegetales, era cada vez más rubio y saltaba con una sonrisa sobre las pruebas de matemáticas. A veces se preocupaba por los viajes de su hermano mayor: cuando el cartero anunciaba la súbita llegada de noticias, era él quien sometía la carta a la tortura del vapor para despegar la estampilla. Los sellos postales tenían nombres inverosímiles: Perú, Bolivia, Bangla Desh.

Berreaba hasta el cansancio cuando interrumpían el programa por Viet Nam. Siempre ocurría en lo mejor de *Viaje a las Estrellas*, y el Sr. Spok quedaba sepultado por millones de ojos oblicuos. Pero aquello le daba miedo. Pegaba sus ojos a la pantalla hasta que todo desaparecía, hasta que todo no era más que luz, y un zumbido, y la voz de mamá que en medio de un bostezo amenazaba:

—Va a hacerte mal.

En las noches, el futuro quedaba en el techo. Se tiraba en la cama con los brazos abiertos y el radiograbador molestando a los vecinos. Aquello era mejor que escuchar el derrumbe de la familia que llegaba desde el pasillo.

La felicidad tenía un desagradable gusto a menta. Aprendió a hablar en voz baja, a hacer chistes y a cambiar gentilezas. También, al cabo de unos pocos años, pudo ocultar el desprecio. Se trataba simplemente de sonreír con los ojos.

Cuando su hermano volvió, no le hizo demasiadas preguntas. Era evidente que todo estaba perdido. Vio cómo el pelo de su hermano se acortaba hasta dejar la oreja al descubierto, y soportó algunas cenas en las que lo arengaba a poner orden en su vida.

El navegaba por su adolescencia encerrado en el cuarto y mirándose al espejo. Se convirtió en un hijo del gimnasio, viajó en avión hasta olvidar la primera vez y entró a la cocaína y a la universidad.

En las aulas, los viejos se preguntaban por el sentido de la existencia: él tomaba notas desprolijas pensando que todo aquello no tenía sentido; alguien había prendido este lavarropas y se trataba de girar lo más posible.

Una tarde de febrero, marcó con su resaltador una frase de Nietzsche: "Es mejor cualquier sentido que ninguno", y luego entornó los labios en una sonrisa lánguida de dos mil años. Sólo se trata de atravesar el desierto.

En su cuarto del *campus* gastaba el tiempo con el televisor. Desde el noticiero, una rubia segura como un juez a punto de dictar sentencia le informó noche a noche de las cifras: hay en el país un acto de violencia cada 27 segundos. En Japón aumenta el suicidio de los niños de 5 a 14 años. Fueron 56 en 1975, 100 en 1978, 265 en 1980. Anotó esos números pensando que algún día iban a servirle.

Sentado en la cornisa del siglo, comenzó a escribir. Era mejor que tirarse.

En el supermercado

La reacción de los críticos resultó similar al asombro tembloroso del Dr. Frankenstein. Pasado el primer momento, se apresuraron a clasificar el género: *dirty realism* —realismo sucio—. *Minimalismo* —gruñó otra corriente de inmediato—. Los relatos de un grupo de jóvenes de menos de veinticinco años ya estaban en el supermercado: Bret Easton Ellis, Tama Janowitz, Jay Mc Inerney, David Leavitt formaban parte de esta literatura del hastío. Sus vidas —y su extracción social— bien podían encontrar puntos de contacto en las líneas que anteceden.



Los clasificadores buscaron antecedentes hasta la madrugada: sí, estos relatos breves y sórdidos pero sofisticados tenían que ver con el estilo de Raymond Carver, una versión mucho más soportable de Bukowski, nacido en 1939 y aceptado como uno de los mejores escritores norteamericanos de finales de los setenta.

No pudieron detectar, sin embargo, parientes europeos. La mirada se les iluminó cuando leyeron *La mujer zurda*, de Peter Handke, la historia de una mujer que *sin ningún motivo* le pide a su esposo que se vaya y la deje sola con su pequeña hija. El estilo era distinto, pero la temática similar. Aunque en el caso de Handke se trataba más de nihilismo trágico que de apatía sofisticada.

Leavitt y Ellis cometieron con Carver el primer deber del discípulo: traicionar al maestro. Mientras el viejo Raymond disfrutaba de su beca de 35 mil dólares al año otorgada por la *American Academy and Institut of Arts and Letters*, escribía sobre los que habían quedado definitivamente fuera de la economía. Chicanos, inmigrantes, personajes que perdieron en su batalla por el consumo, constituían los héroes de Carver. Los minimalistas escogieron el camino inverso: una literatura de clase alta, centrada en el infierno familiar y en la paradoja de que todo sea posible. La violencia *hard*, el crimen cada veintisiete segundos, ya aparecían en la televisión. Cuando no se trata de jóvenes acomodados o de yuppies, como en el caso de Tama Janowitz, son bohemios con *charme*, que viven en la elegante marginación del Soho: *marchands*, escritores, bailarinas. Todos, sin embargo, conservan una mirada similar: la del niño que acaba de descubrir la muerte.

Los personajes son tan descartables y biodegradables como los productos, los sueños colectivos han sido cancelados hace mucho tiempo y los individuales se desmoronan en el cinismo, pero el miedo sobrevuela casi inaudible los textos. Tomará forma de aullidos de coyote a lo largo de *Menos que cero*, la brillante novela de Ellis, o se convertirá en insomnio para Natasha en el cuento de Janowitz. Ella no duerme nunca, y quizá tenga la peligrosa ternura de los tiburones, esos animales que viven en vigilia, escapando o persiguiendo.

Escritores y personajes ven y se ven en la televisión: cuando la cadena de videoclips MTV *(Music Television)* anunció la salida de *Menos que cero*, llevó la novela a los trescientos mil ejemplares. También el cine mordisqueó algunos textos: tanto Ellis como McInerney (este último con *Bright Light, Big City* traducido como *Luces de la gran ciudad*, o *Luces de neón*) tuvieron que enfrentarse a pésimas versiones de sus textos.

Con pelo corto, sacos de hilo blanco de *Giorgio Armani* y expresión placentera, sonríen en las solapas de decenas de ediciones. Quizá sientan que han llegado para relatar el final de la fiesta. Ese momento perezoso en el que los mozos ordenan las sillas sobre las mesas y le sacan lustre a las copas del próximo día.